

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el día,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de fiudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.



CANTO XXX

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así lo corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente, si se mira,
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede con tal campión el combatiente
Usar della en el tiempo necesario,
Como contra legitimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
O por jatanía vana ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentía,
O por rencor, por odio, ó por venganza,
Si es por declaracion de la porfía...
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo presuncion y orgullo vano
Como fieras se están despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos,
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos:
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberlo tanto tiempo así dejado;
Pero á la historia y narracion volviendo
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
Huir del grave golpe la caída,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié difícilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo;
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrase presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo, á tiempo el pié trocado,
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo escusar, á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreón cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los rancos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones de valor iguales,
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer, quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados,
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazón tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría;
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco acento y corazón latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo
Como juez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba:
El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas inclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada,
Fué con honra solene y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazón restituída.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase mas de lo pasado;
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los trances y casos peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Contenidos así los dos famosos,
Porque mas los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento;
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Después del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
Con mas pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á mas andar nos recogimos,
Que estaba del lugar larga distancia;
Y aunque poco después, señor, tuvimos
Otros muchos rencuentros de importancia
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré por no cansaros al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitialla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades trabajadas
De las pasadas guerras nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas,
Todos sin gobernar se gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto
Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazón muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó después el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y pláticos soldados,
En orden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra
De la hambre y las armas fatigados,
A la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas;
Y el exceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demás por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre misera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercebidos
De los que mas en orden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos;
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar ni dormir noche ni día
Al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por extraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relación entera,
El cual pasa, señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolicán iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba:
En secretos concilios discurriendo,
Del capitán ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
Que el mas libre y osado no temiese
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima escudiese:
Que era tanto el castigo y escarmiento
Que no se vió jamás quien se atreviese
A reprobear el orden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente
Viéndole ya en estado miserable;
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada día
La mas ardiente devoción resfría:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas al fin resuelto en una
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y orden que convino
De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro examinase,
Y algún suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó que de la gente se aprestase
Al tiempo y hora del silencio mudo,
El mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte, por el lado
De la posta de Ongolmo al mediodía:
Que de cierto espion era avisado
Cómo la gente que en defensa habia,
Demas estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada.

Que el capitán ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Hasta dejar la tierra reducida;
Y en las nuevas conquistas ocupado
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asalto fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia,
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia,
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resolutivo
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, práctico, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual, en puridad bien instruido
En lo que el arduo caso requeria,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido
Se entró por la cristiana ranchería
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion lo que pasaba
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento
En la figura rústica notaba
La gente, armas, el orden, sitio y traza,
Lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas;
Y aquí y allí los ánimos tentando,
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto:
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traía,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecía:
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tiranía,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que había salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oído,
Y el tiempo y la ocasión aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes ¡oh soldado!
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvación de tanta gente.

»Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en ti se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasión tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

»Y que á ti como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

»Pues á ti libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde revestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo.

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte al mediodía
Con furia grande y número de gente,
Por haberle avisado cierta espía
Que en aquella sazón seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta.
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual de salto fácilmente muerta
Y la plaza después desmantelada,
En la región antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra oscura:
Adonde de su ejército apartado
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
Demás del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á ti deberás lo que tuvieres,
Y á ti te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

»Mira pues lo que desto te parece;
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa;
No seas ingrato al cielo que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa;
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa,
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática había estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propuesta
Dió sin mas detenerse esta respuesta:

Tomo I

«¡Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría,
De ver que está en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia!
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquía
Podrán tanto conmigo en este hecho,
Cuanto el comun y general provecho.

»Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

»Vuelve á Caupolicán, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta;
Y mañana sin duda, por la parte
De la inculta marina mas desierta,
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañía
Adonde nos aguardan arribemos:
Que mañana despacio al mediodía
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás mas satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino,
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino
Hablando al capitán secretamente
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.